

RESEÑA BIOBIBLIOGRÁFICA

1. Una juventud entregada al estudio

Reginald Pole nació en el mismo año que se inauguraba la crónica del siglo XVI, quizá predestinándole de este modo a convertirse en una figura clave de sus principales acontecimientos. Hijo de Sir Richard Pole, primo de Enrique VII, y de Margarita de Salisbury, de sangre Plantagenet, era descendiente real por ambas líneas. Ya desde su infancia, dada su condición de hijo no primogénito y su sensibilidad hacia el estudio, fue destinado a la carrera eclesiástica.

A los siete años, dos años después de la muerte de su padre, fue enviado a la Cartuja de Sheen para iniciar sus estudios en Gramática y Retórica, estudios que, sabemos, completó de forma exitosa. Con tan solo doce años pasó al *Magdalen College* de Oxford para completar sus estudios en Lenguas Clásicas. Apenas unos años antes se había introducido la enseñanza del griego, gracias al impulso de William Latimer y Thomas Linacre. Ambos, procedentes de Italia, se convirtieron en los referentes principales de Pole durante su estancia en Oxford.

La educación de Reginald Pole fue costeada en su integridad por su primo Enrique VIII; de hecho, el mismo Pole afirma en la *Apología*: «A causa de algunos beneficios de él hacia mí, le llegué a tener tanto afecto y veneración que nadie jamás había amado tanto a un hombre y nadie había rendido a un príncipe mayor piedad y observancia. Confieso que por su generosidad y cuidado conozco las letras y hoy puedo escribir esto, y que a mí solo de entre la nobleza inglesa cuidó

de educarme e instituirme en la cultura».¹ A pesar de la afirmación de Pole, «a mí solo de entre la nobleza inglesa», es cierto que Enrique VIII promovió la vida intelectual de su Reino en todas sus manifestaciones y se convirtió en uno de los mayores mecenas de su época; así por ejemplo el patrocinio que concedió a algunos pintores, entre los que destaca Hans Holbeich.

De la extensión de la cultura humanista en Inglaterra es testimonio vivo la figura de Tomás Moro. Pole mantuvo una estrecha amistad con este durante toda su vida. La familiaridad en el trato se extendía al resto de miembros de la casa de Moro, así por ejemplo con Margaret, su hija, una de las mujeres más ilustradas de su tiempo, que se refería a Pole en los siguientes términos: «Tan noble como es sabio en todas las ramas de la Humanidades y tan conspicuo para su virtud como para su estudio».²

Tras la obtención del *Bachelor in Arts*, tras las pruebas académicas correspondientes, en 1521 parte con destino a Italia. A la Universidad de Padua, cuyas puertas se abrían de nuevo tras un largo periodo de suspensión de las clases, se dirigió el joven Pole, posiblemente por la influencia de humanistas tan relevantes en este momento como los mencionados Linacre y Latimer y otros como Cuthber o Tunstall o el mismo Richard Pace.

Nuevamente sus estudios fueron sufragados generosamente por Enrique VIII, lo que además le colocó en una posición de cuasi-representación diplomática. La universidad de Padua, que gozaba de gran prestigio, facilitaba el estudio, amén de leyes y medicina, de la gramática y la filosofía clásica. En virtud de ello, y posiblemente bajo la tutela de Nicolo Leonico, un greco-italiano, Pole pudo conocer en profundidad los textos de Platón y Aristóteles. En Padua trabó amistad con algunos otros estudiantes, amistades que en unos casos

¹ Pole, R. *Apologia ad Carolum Quintum Caesarem, Epistolarum Reginaldi Poli S.R.E. Cardinalis et aliorum ad ipsum*, Excudebat Joannes-Maria Rizzardi, Brixiae, 1744-1757, cap. I.

² Schenk, W. *Reginald Pole, Cardinal of England*, Longmans, Green and Co, Londres, 1950, p. 5.

conservaría toda la vida, como por ejemplo Pietro Bembo, y en otros sería breve aunque dejarían en él huella imborrable. Este último caso es el de Cristophe Longolius, un joven intelectual, estudiante como él, al que el afecto hizo que le invitase a su propia residencia y que tan solo un año después de su traslado murió. Longolius legó a Pole su biblioteca particular, posiblemente amplia, y poco tiempo después apareció una biografía del primero bajo el título *Vita Longolii* que suele atribuirse a Reginald Pole, y que de ser cierto sería su primer trabajo publicado. Es cierto que, a pesar de la piedad y virtud de Pole, Bembo y Longolius representaban un estilo de vida más liberal, lo que nunca fue un impedimento para su amistad.

Su prolongada estancia en Padua le permitió viajar y pasar largos periodos en otras ciudades. Venecia fue un destino especialmente querido para él. Y acompañado por Lupset visitó la ciudad en diversas ocasiones, a veces en razón de «misiones oficiales» a cargo de su regio primo. A ser introducido en los elitistas círculos de la nobleza veneciana les ayudó Richard Pace, que servía en ese momento como embajador en Italia.

A Roma tan solo se dirigió con motivo del Jubileo, en el año 1525, y es posible que como muchos otros acabase escandalizado del ambiente que vivió en la Ciudad Eterna. Tanto es así que, a pesar de las magníficas relaciones entre el Papado y la Corona inglesa en ese momento, ni siquiera rindió visita al Santo Padre.³

2. De regreso a Inglaterra e interludio parisino

Seis años dedicados a los estudios parece que fueron los suficientes para que el Rey pensase que iba siendo hora de que su joven primo comenzase a ocuparse de los asuntos de la Commonwealth. «El

³ «Tres o cuatro días, y vista la abominación de los cardenales, obispos y la de sus funcionarios, junto al detestable vicio de la ciudad, él no pudo quedarse por mucho tiempo allí», *o.c.* p. 16.

principal deseo del Rey era probablemente usar el talento de su pariente para servir al estado o a la Iglesia, o a ambas. Había abundantes precedentes de esto en las carreras de otros humanistas ingleses. El Rey esperaba, de forma razonable, que un hombre de tan notables cualidades, y quien había disfrutado de la mejor educación posible en su tiempo, debería finalmente prestar algún servicio práctico a su país». ⁴ Ahora bien, tras su regreso a Inglaterra, en lugar de ocupar el lugar que le había sido predestinado en la Corte, por formación y posición —su madre por entonces ya era Gobernadora de la Casa de la Princesa Heredera—, se retiró a la Cartuja de Sheen, en la que había pasado su infancia.

No podemos saber si lo hizo movido por la vocación de entregarse a la vida monástica, el deseo de prolongar sus estudios o simplemente permanecer alejado de la fortuna veleidosa de la vida política, pero en cualquier caso decidió enclaustrarse y permanecer sujeto a las rutinas de la vida diaria de los monjes.

Así pudo permanecer retirado y alejado hasta del famoso «King's matter». Pole, que había permanecido ajeno al «affaire Bolena» se encontraba ahora en una incomodísima posición. El Rey, tras sucumbir a la desordenada pasión y al juego seductor de Ana Bolena, se había marcado una decidida estrategia que tenía como objetivo conseguir la declaración de nulidad de su matrimonio. La Reina Catalina de Aragón, mientras tanto, se sometía a tamaña humillación con dignidad regia y serenidad cristianísima. Preocupada por los derechos sucesorios de la Princesa María, permanecía en una posición de sumisión pero de firme resistencia. El ya no tan joven Pole se encontraba entre la espada (Rey) que deseaba que se manifestase públicamente a favor de su causa y la pared (su conciencia). A todo esto la posición de su madre al servicio de la Princesa heredera y su amistad íntima con la Reina no hacían más fácil su decisión. Así, decidió salir por la tangente y solicitar una nueva licencia de estudios, esta vez con destino París.

⁴ *O.c.* p. 21.

Así que nuevamente Reginald Pole se ve abocado a alejarse de su patria, en esta ocasión buscando el acrecentar su ya amplia formación en la universidad de la ciudad de las luces. Su fama de intelectual era ya conocida en toda Europa, su amistad con los principales eruditos de su época le habían hecho acreedor de un prestigio intelectual del que muy pocos podían presumir, lo que unido a la nobleza de su sangre hacía que su estancia en París estuviese bien lejos de poder considerarse anónima. Sumado a este hecho se da la circunstancia de que el Rey, a sugerencia de Thomas Cranmer, le encarga el recabar la opinión de los principales juristas parisinos sobre el asunto de la «nulidad real», en busca de hacer más fuerte su argumentación ante el Papado. La encomienda de esta tarea da pie a un intercambio de misivas entre Pole y miembros de la Cancillería Real en la que el primero trata, a partir de evasivas y apelaciones a su falta de experiencia en tales asuntos, verse libre de dicha tarea. Como consecuencia se le envió un asistente, Edward Foxe, para que ejecutase los sobornos.

De su actuación en este periodo este ofrece una visión crítica en la *Apologia*: «Ahora que me estoy oponiendo a él, debiera yo temer solamente el reproche de no haberme opuesto a él antes lo suficientemente fuerte, de haberme opuesto a su impiedad anteriormente de forma demasiado laxa, sobre todo desde que yo había tenido en mi mano, durante tantos años, revelar su maliciosa impiedad a través de la cual ha engañado a tanta gente. Reconozco que no hice públicos sus engaños, sino que me mantuve escondido y oculto por el espacio de tres años, durante los cuales podría haber destrozado su reputación, y que fui un guardián y defensor de su honor, más que un oponente a sus malvadas opiniones. En este punto apenas puedo rechazar la reprensión de muchos hombres buenos, del mismo modo que no puedo rechazar tampoco lo que las cartas de estos han dejado escrito sobre mi testimonio en este asunto durante este intervalo de tiempo. De hecho, para satisfacer a Dios, en primer lugar, y a estos, en segundo lugar, asumí esta provincia, que es la más molesta de todas. De esta manera, espero que mi pereza fácilmente logre el perdón por la misericordia de Dios y por la paciencia de los demás siervos de ante el

ejemplo de Este. También, y por otro lado, espero que compense mi diligencia posterior lo que pequé en lentitud años atrás».

Es posible que esta misma experiencia, a pesar de su condición de intelectual, hiciese que su fe en la institución de la Universidad sufriera cierto menoscabo, ya que la opinión parecía ser susceptible de compra y estar divorciada del conocimiento.

Tras plegarse los teólogos y juristas parisinos a la voluntad del monarca Tudor y emitir un dictamen favorable a sus intereses, la presencia de Reginald fue reclamada de nuevo en Inglaterra. En esta ocasión ya no había lugar para una «nueva salida por la tangente» y el Rey esperaba que su primo se manifestase, pública y decididamente a su favor. Y para acabar de disipar sus dudas le había sido ofrecida ya la sede de York, vacante desde la caída en desgracia y muerte del cardenal Wolsey. Pole, no tentado por beneficios temporales, sí estaba en cambio profundamente preocupado por las consecuencias que sus acciones podrían hacer caer sobre su familia. El carácter cruel y despiadado de Enrique VIII, conocido ya en todo el Reino, ponía en grave peligro la vida de los familiares más queridos de Pole, incluida su propia madre. Por ello, y quién sabe por qué otras razones, Reginald había preparado su encuentro con su regio primo con la idea de poder «templar gaitas» salvando sus problemas de conciencia sin imponerse frontalmente al monarca. El desinterés de la argumentación era tal que, en su razonamiento sobre la situación, la salvación del alma de Enrique VIII así como su honorabilidad ocupaban un lugar primordial: «¿Acaso alguna vez se oyó algo tan monstruoso como que un príncipe íntegro en su vida durante mucho tiempo y cuyo reino tuvo fama de honroso siempre durante años, a quien nadie se oponía nunca desde foro alguno, al que le correspondió que todo el tiempo de su vida se le tuviera en esa misma opinión entre todos, de pronto fuera acusado por su propia voluntad de infame incesto? ¿Acaso alguna vez se escuchó algo tan horrible de alguien que, habiendo procurado ante todas las naciones a hombres doctos durante tanto tiempo, de pronto él mismo se considerase que durante veinte años había llevado una vida incestuosa? Porque si un enemigo fuese el que lo llamara incestuoso,

¿podría acaso encontrarse algo más denigrante? No obstante, Enrique VIII luchó con todo su esfuerzo, gracia, autoridad y valor por conseguir tales opiniones sobre su vida anterior, inflamándose de esta manera por tamaño esfuerzo cuanto nadie antes lo había hecho en un juicio por su vida infame. A los que querían defender la integridad de su vida anterior, y asegurar el honor de su lecho, no solo no les escuchaba, sino que los tenía por enemigos».⁵

3. Una vida en el exilio

Tras este encuentro y algún intento fracasado por lograr la reconciliación con su primo, Reginald solicita un nuevo permiso de estudios. Inquieto por el desarrollo de los acontecimientos comienza a temer por su vida y trata de abandonar la isla lo antes posible. Por primera vez en muchos años, Enrique VIII es reacio a concederle la licencia correspondiente para dejar la Corte, y habrá de ser necesaria la amenaza de manifestarse públicamente en contra del divorcio real para que el Rey le permita marchar al continente. De todo esto dejó testimonio el embajador imperial en la Corte inglesa Chapuys, en sus regulares informes a Carlos V. Así pues nuevamente Reginald Pole marcha lejos de su patria, sin saber que en esta ocasión tardaría más de dos décadas en volver.

Su primera parada en este largo periodo de 20 años fue Aviñón. Aquí fue tomando conciencia progresiva de sus lagunas formativas en áreas como teología y bajo el firme propósito de subsanarlas se dirigió de nuevo a Padua. Ya en estos primeros años de exilio estuvo acompañado por un antiguo compañero de estudios, Thomas Starkey, más tarde miembro de su casa y posteriormente espía al servicio de Enrique VIII. Entre 1533 y 1535 escribió un tratado que bajo el nombre de *A Dialogue between Pole & Lupset* recrea una conversación mantenida por ambos en Londres hacia 1530. Este diálogo de acuerdo a los

⁵ Pole, R. *Apología*, cap. XXXIV.

especialistas en el pensamiento del Cardenal inglés presenta una radiografía bastante aproximada de su pensamiento, especialmente en cuestiones políticas.⁶

El libro, curiosamente, comienza con un debate que permanecería abierto durante toda la vida de Pole, consistente en la articulación entre vida activa o vida contemplativa. Esta pregunta no era exclusiva del ya no tan joven aristócrata inglés, sino que persiguió de un modo u otro a todos los humanistas, desde Contarini a Moro. Este problema parece resuelto en el texto de la *Apología*, en donde Pole hace una defensa del servicio que la vida contemplativa debe prestar a la vida activa.

Otro de los temas que aparece de forma reiterada es la inclinación del gobernante a la tiranía. Es este, cuya raíz es la soberbia, el mal que azota a Inglaterra, y así dice que «se cree que le compete a la majestuosidad de un príncipe el moderar y gobernar toda cosa de acuerdo a su voluntad y placer; lo cual ha sido sin duda alguna la más grande destrucción de este reino» y dejar todo al príncipe «a su libre albedrío y libertad es una puerta abierta a toda la tiranía. Esta es la base de destrucción de toda civilización».⁷ De este modo adelanta Starkey

⁶ «¿Acaso alguna vez se oyó algo tan monstruoso como que un príncipe íntegro en su vida durante mucho tiempo y cuyo reino tuvo fama de honroso siempre durante años, a quien nadie se oponía nunca desde foro alguno, al que le correspondió que todo el tiempo de su vida se le tuviera en esa misma opinión entre todos, de pronto fuera acusado por su propia voluntad de infame incesto? ¿Acaso alguna vez se escuchó algo tan horrible de alguien que, habiendo procurado ante todas las naciones a hombres doctos durante tanto tiempo, de pronto él mismo se considerase que durante veinte años había llevado una vida incestuosa? Porque si un enemigo fuese el que le llamara incestuoso, ¿podría acaso encontrarse algo más denigrante? No obstante, Enrique VIII luchó con todo su esfuerzo, gracia, autoridad y valor por conseguir tales opiniones sobre su vida anterior, inflamándose de esta manera por tamaño esfuerzo cuanto nadie antes lo había hecho en un juicio por su vida infame. A los que querían defender la integridad de su vida anterior, y asegurar el honor de su lecho, no solo no les escuchaba, sino que los tenía por enemigos». Lutz, H. *Ragione di Stato und Christliche Staatsethik im 16. Jahrhundert*, Aschendorff, Múnster, 1961, pp. 28-29.

⁷ Starkey, T. *A Dialogue between Reginald Pole & Thomas Lupset*, Chatto & Windus, Londres, 1948, p. 37.

algunas tesis que el propio Pole desarrollará en su *Apología*. La tiranía, según Pole, se produce cuando lo bueno y lo malo es decidido por la voluntad humana, y no reconocido en la naturaleza de las cosas, ya sea esta la voluntad de uno o de muchos o la voluntad de un ángel o un santo.

Concluye así mismo en el *Diálogo* afirmando cómo, si los príncipes no buscan la promoción del bien común, se arriesgarán a que recaigan sobre ellos las más terribles consecuencias. Así, insiste Starkey en el *Diálogo*, por boca de Pole, que si los que tienen el gobierno se dedican solo al lucro, al placer y al provecho singular, así el resultado no será otro que la destrucción de todo bien y de toda política común pública y justa.

Aparece también de forma expresa en el *Diálogo* la admiración que causó en el Cardenal Pole la constitución de Venecia. En el régimen político que regía en la ciudad italiana encontró Pole un ejemplo preclaro del gobierno mixto y limitado. Lo que se complementa con su concepción de la sociedad como un cuerpo con diferentes partes que ordenados con armonía se dirigen al bien común.

En el *Diálogo* se ponen por primera vez de manifiesto por escrito las inquietudes de Pole con respecto a la necesidad de la reforma de la Iglesia. Aunque el tono en que se expresa en esta obra no pueda atribuírsele a él personalmente sino al autor, sí que al menos pone en evidencia la sensibilidad de Reginald con algunos temas, como por ejemplo el poder ilimitado utilizado por algunos Papas, el carácter funcional de Roma, con la compra-venta de cargos y puestos dentro de la propia Iglesia, con los sacerdotes ignorantes, que no saben ni siquiera qué es lo que están celebrando cuando dicen misa, con los sacerdotes avaros, que no dedican el dinero que deberían a los pobres, con la poca ejemplaridad de ellos... Junto a la preocupación por la Iglesia se recoge también en la obra de Starkey cierto pensamiento social de Pole, preocupado por el progresivo empobrecimiento y envejecimiento del pueblo inglés.

La amistad entre Starkey y Pole finalizaría cuando el primero, llamado por Enrique VIII, se puso a su servicio como miembro de su

capilla personal y comenzó a proporcionar información al Rey inglés sobre la vida de Pole. Este a partir de 1535 fijó su residencia en Venecia y allí se rodeó de la elite intelectual del norte de Italia; especialmente estrecha fue la amistad que le unió al patricio veneciano Contarini. De hecho, será este, cuando sea elevado a la púrpura, el que convoque al joven Pole a participar en las más altas tareas de gobierno de la Iglesia, mediando entre él y el Papa Paulo III. En esta época trabó amistad con Caraffa, que muchos años después, muerto ya el afecto entre ambos, hizo caer sobre Pole la sospecha de herejía, primero como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y más tarde como Paulo IV.

4. Camino del Purpurado

Tras la muerte de Clemente VII, el ambiente imperante en Roma, así como las maniobras de las diferentes facciones eclesiales, no podía hacer presagiar la elección de un papa como Paulo III, al que el gran historiador Ranke describe del siguiente modo: «Rara vez un Papa ha sido más querido en Roma. Es magnífica aquella elección para cardenales de cuatro personajes extraordinarios, sin conocimiento de los interesados; este proceder generoso está muy lejos de aquellas pequeñas consideraciones personales que eran la regla. Pero no solo los nombró, sino que les reconoció una desacostumbrada libertad, soportando que le contradijeran en el consistorio y animándoles para una discusión sin reservas».⁸

Paulo III, en cuanto tuvo ocasión, elevó a Contarini a la dignidad cardenalicia, y lo hizo con la idea de encargarle los trabajos conducentes a una propuesta de reforma de la Iglesia. Contarini, guiado por la sabiduría y la prudencia, convocó una Comisión formada por quienes consideró que, despojados de todo interés personal y ambición,

⁸ Von Ranke, L. *Historia de los Papas en la Época Moderna*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1997, p. 115.

guiados por el Espíritu Santo, podrían colaborar en la creación de un documento base para la reforma. Así, en noviembre de 1536, se iniciaron los trabajos. La Comisión formada por Caraffa, Cortesse, Giberti, Sadoletto y Pole, con la presidencia de Contarini, alumbró un documento que bajo el título de *Consilium Emedanda Ecclesia* describe una serie de abusos y propone un catálogo de iniciativas para la reforma. Este documento es la base del texto posterior de Pole *Reformatio Angliae* de 1555.

A pesar de su cada vez más intensa «vida romana», Pole no permanecía ajeno a todo lo que estaba pasando en Inglaterra. De hecho, el mismo Enrique VIII estaba comenzando a hastiarse del silencio de su primo y presionó a Pole a través de Starkey para que de forma definitiva se pronunciase sobre el matrimonio real. En la carta en la que Starkey solicita de Pole el pronunciamiento se sirve de sugerencias y argumentos, curiosamente tomados esencialmente de Marsilio de Padua.

Debemos no obstante dedicar unas breves líneas a describir la evolución del problema al que en ese momento hacía frente Pole. Ya no se trataba de emitir un juicio acerca de la nulidad del matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón, sino que la situación actual implicaba la nulidad del matrimonio con Catalina, nuevo matrimonio con Ana Bolena y reconocimiento de la autoridad de Enrique VIII como cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Y, por si no fuera poco, desde 1535 había entrado en vigor en Inglaterra la *Act of Treason*, que criminalizaba a todo aquel que no se plegase a la voluntad del Rey. Pole no debía ya realizar una declaración sobre la nulidad de un matrimonio, sino que se le exigía que se manifestase sobre el primado de Pedro. A esto se añade la clara conciencia de las consecuencias que para su familia tenía su parecer con respecto a esta cuestión: «Pole sabía del peligro, y de hecho este aspecto de su alianza con Roma ayuda a explicar por qué su conversión fue tan concienzuda y su posición en relación con Enrique VIII tan intransigente. Las apuestas personales de cardenal —ponía en peligro de muerte a su familia, lo que más tarde se confirmó— eran demasiado altas ahora como atender a soluciones

a medias».⁹ Aun con todo demoró su respuesta durante al menos otro año más.

Pero fueron las ejecuciones de Tomás Moro y Juan Fisher las que le sacaron de cierto ensimismamiento intelectual sobre el problema en el que estaba atascado y determinaron su respuesta ante la nueva realidad que se vivía en Inglaterra. El ajusticiamiento de los dos anteriores provocó en Pole una gran crisis espiritual, crisis que afectó profundamente su vida y que alcanzó incluso a su manera de escribir. De esta crisis da cuenta el mismo Pole en su *Apología*, donde, con alto contenido biográfico, así se refiere a este momento de su vida y la decisión que hubo de tomar: «No me perturbaba tanto que me pidiese coincidir mi opinión con la suya. Es más, finalmente, consideré que debía oponerme, y así, aunque no pudiese mantenerla entre mis parientes y en mi provincia, decidí no propagar esta opinión por todas partes, a pesar de dejar a los míos y carecer para siempre de patria. Inmediatamente me decidí por esto, no tanto persuadido por muchos y graves razonamientos sobre los que mucho había pensado acerca de esta causa a través de los escritos de otros como por medio de mis propias disertaciones, sino por aquel único argumento manifiesto que supone la sangre de hombres tales, de tal modo que la esta demostración parecía casi escrita por el dedo de Dios».¹⁰

Sorprendentemente, Pole tenía una opinión clara y bien formada con respecto a la aspiración de Enrique VIII de verse libre del matrimonio con Catalina de Aragón: no había lugar. En cambio, con respecto a la cuestión de la autoridad del Papa no lo tenía del todo claro. Esta última cuestión también suscitaba dudas a Tomás Moro, que se refería a ella en los siguientes términos: «Yo mismo no estuve de acuerdo por algún tiempo en que la primacía de aquella Sede (de Roma) fuese creada por institución divina (...) Pero luego que hube leído el libro del rey y otras muchas cosas que cayeron ante mi vista durante los diez

⁹ Donaldson, P. S. *Machiavelli and Mystery of State*, Cambridge University Press, Nueva York, 1988, p. 5.

¹⁰ *O.p.* Cap. III.

últimos años, y más aún, he venido en hallar que todos los santos Doctores —tanto griegos como latinos— desde San Ignacio, el discípulo de San Juan Evangelista, hasta los de nuestros días, todos están conformes y acordes sobre la cuestión. Y son tales los concilios generales que confirman este punto que doy palabra de que nunca tropecé con escrito que me llevara a pensar en sentido contrario, y grave peligro sería el seguir distinta opinión, negando que la primacía fue instituida por Dios». ¹¹

Pero las posibles dudas que albergarse Pole con respecto a esta cuestión, al igual que las de Tomás Moro, pronto quedaron disipadas. En el caso de Pole posiblemente por el ejemplo edificante de Paulo III y la sabia opinión de sus compañeros de la Comisión *Consilium Enmendanda Ecclesia*. La respuesta de Pole, aunque se hizo esperar, fue definitiva, primero en modo de epístola a su regio primo y después como libro bajo el título *Pro Unitate Ecclesiasticae Defensiones* (1536), que se difundió a lo largo y ancho de Europa. Así, Reginald Pole expuso con claridad sus tesis con respecto a las dos cuestiones que se le planteaban. En cuanto al principio de autoridad, Benedicto XVI, cuando era conocido como Cardenal Ratzinger, sintetizaba del siguiente modo las ideas de Pole: «Pole veía con claridad que la negación del principio primacial anula de hecho la estructura neotestamentaria y restaura la exclusividad del poder mundano. A este propósito, decía de Sampson que, evidentemente, no consigue imaginarse un poder diferente de aquel que puede matar el cuerpo y despojar a quienquiera que sea de sus posesiones exteriores. La negación del papado significaba, en el caso concreto de Inglaterra, la asimilación del orden exterior de la Iglesia al Estado, la Iglesia nacional, en una palabra, y junto con este dominio mundano sobre la Iglesia, la eliminación del martirio. Y viceversa: todo esto quiere decir (y aquí tocamos finalmente la verdadera razón, a la vez psicológica y teológica, que hace de Pole un defensor del papado) que los mártires constituyen el auténtico signo que nos indica

¹¹ Vázquez de Prada, A. *Sir Tomás Moro*, Rialp, Madrid, 1999, p. 220.

dónde está la Iglesia. Los mártires, que oponen a un cristianismo regional la fe en la unidad supranacional de la Iglesia universal y de su tradición, son la señal que muestra dónde debe situarse en esta controversia el cristiano en cuanto cristiano».¹²

Pole, glosa Ratzinger en su obra *Summo Pontifice*, opúsculo escrito durante el cónclave en el que estuvo muy cerca de ser elegido Papa, recoge la esencia de lo que significa ser cabeza de la Iglesia.

De sus sentimientos e intenciones con respecto a este periodo da cuenta en un fragmento de la *Apología* que es extraordinariamente ilustrativo: «Cuando me di cuenta de que quedándome en casa no podría escapar de esto, me embarqué voluntariamente en una larga peregrinación desde mi patria, para ver si fuera posible encontrar un lugar donde no tuviera que oír nada de aquellas cosas. Mientras habité en el Véneto, conseguí en gran parte esto, que era lo que más busqué durante dos años. Además, de esta manera, no me fue necesario pronunciar una opinión sobre este asunto, ni oral ni escrita, con la cual satisfacer al Rey. Siendo mi piedad para con Dios, veía que yo estaba unido al honor del Rey y que abiertamente beneficiaba a la salvación de mi Patria, mientras que si disentía de él lo pondría en contra de mi propia salvación y la de los míos (familiares y amigos). Cuando estas cosas no solo fueron incómodas, sino también tremendamente peligrosas, me fui a cualquier otra parte, viendo que este remedio del silencio era el único posible, el cual parecía más útil fuera de mi hogar, por lo que en esta época carecí muy a propósito de patria y callé. De este silencio no me pudo sacar autoridad o exhortación alguna, aunque no faltaban los mejores hombres que me exhortaran en causa tan piadosa, antes de que el mandato del Rey me obligase a escribir. Lo cual él hizo no esperando, en absoluto, que fuera a escribir contra su criterio, ya que en el espacio de mi ausencia ante su opinión había hecho un decreto por el cual quienes guardasen un pensamiento contrario al suyo se las verían no con palabras, sino con la espada, pues

¹² Ratzinger, J. *Iglesia, ecumenismo y política*, BAC, Madrid, 2005, p. 44.

había establecido el castigo propio de los crímenes de alta traición para todos aquellos que disintiesen de él incluso solo de palabra».¹³

De esta obra que estábamos reseñando, conocida coloquialmente *De Unitate*, hace un juicio especialmente severo uno de los mayores estudiosos del Cardenal Inglés, W. Schenk, que dice lo siguiente: «Sería inútil fingir que el libro de Pole, generalmente conocido bajo el nombre de *De Unitate*, ha sido injustamente rechazado por la posteridad. El libro es monstruosamente largo, generosamente salpicado de cuestiones irrelevantes, y muy repetitivo. Es muy difícil saber por qué Pole, quien es consciente, por momentos, de los requisitos literarios, no reduce a la mitad su tamaño, o incluso menos (recordemos que el manuscrito era, después de todo, una supuesta carta). También el tono es de un tipo que no hace agradable la lectura: es siempre demasiado didáctico. No obstante, hay un buen número de vigorosos pasajes, algunos de los cuales son auténticamente ingeniosos, y la parte de la vida de Tomás Moro y su martirio es excepcional en el estilo y en el contenido».¹⁴

Es posible que en este caso y como hemos mencionado anteriormente la crisis provocada por la muerte de Moro y Fisher alcanzase el punto de modificar incluso su redacción y que el dominio del latín de que había hecho gala anteriormente cediese bajo la pasión y la vehemencia. Esta carta dirigida a Enrique VIII fue publicada en 1539 como libro sin su consentimiento por sus amigos.

Su respuesta a Enrique VIII provocó que algunos de sus más queridos amigos, como Starkey o Tunstall, se alejasen de él o incluso sufriese presión por parte de miembros de su propia familia para que cambiase de opinión con respecto al matrimonio real y cortase sus vínculos con el papado. Invitado a Roma por el Sumo Pontífice, bajo la sospecha de su elevación al cardenalato, el amor filial y devoto que sentía por sus familiares le hizo dudar de si debía responder afirmativamente a

¹³ *O.c.* Cap. II.

¹⁴ Schenk, W. *Reginald Pole, Cardinal of England*, Longmans, Green and Co, Londres, 1950, p. 70.

esta invitación y solo el consejo y firme apoyo de Giberti y Caraffa le empujaron a aceptar su destino y marchar a Roma. Allí, efectivamente, el Papa Paulo III le propone su nombramiento como cardenal, junto a Caraffa y Sadoletto entre otros, encontrando en el inglés una cerrada oposición. Pole, que no ambicionaba cargos ni poderes, expone su renuencia al Santo Padre basándose principalmente en que su elevación al purpurado supondría su ruptura definitiva con su país, amén de poner en grave peligro la vida de sus familiares. Paulo III, que pareció aceptar dicha posición, no sé sabe muy bien por qué, habiendo comenzado ya la celebración del Consistorio, el 22 de diciembre de 1536, le envía un camarero y barbero para que sea tonsurado y le hace llamar para ser consagrado cardenal, haciendo uso de su autoridad pontificia para vencer cualquier reticencia del inglés, que acude «como cordero llevado al matadero».

A partir de este momento, desde la perspectiva inglesa, Reginald Pole es considerado como uno de los mayores traidores de la historia.

5. Al servicio de la diplomacia vaticana

El 18 de febrero de 1537 el ya Cardenal Pole deja Roma como legado pontificio con la misión de mejorar las relaciones entre los monarcas español y francés a fin de posibilitar una posible incursión en territorio inglés, lugar al que se dirigía como destino final y representante del santo Padre. Estuvo acompañado por Giberti, de amplia experiencia en los quehaceres diplomáticos.

La *Pilgrim of Grace* proporcionaba una coartada para la intervención del Santo Padre en territorio inglés. Y, en efecto, si a este movimiento mitad revolución y mitad cruzada se le podía reforzar con el apoyo de Francia y España, las posibilidades de éxito estaban aseguradas. Ahora bien, los intereses particulares de ambos monarcas, así como su deseo de no enemistarse con Enrique VIII, les hizo poco receptivos a las sugerencias papales. De hecho, el rey Francisco se excusó

y no recibió a Pole, que continuó su viaje hacia los Países Bajos con el deseo de encontrarse en Bruselas con el Rey Carlos, que también demoró de manera poco razonable su audiencia, encontrándose al final Reginald Pole como huésped indefinido en la Corte del cardenal-Obispo de Lieja.

Durante su prolongada estancia en Lieja, Pole fue objeto de diversas conspiraciones que ora tenían por objeto su asesinato ora su secuestro y traslado a Inglaterra. A estas alturas Enrique VIII ya había puesto un precio a su cabeza.

Tan solo un año después, 1538, Carlos y Francisco suscribieron el Tratado de Niza en virtud del cual acordaban una tregua de diez años. Ante esta situación el Papa decidió hacer pública la bula de excomunión de Enrique VIII y enviar de nuevo a Pole a ambas Cortes con la misión de que cortaran todo tipo de relación con el rey cismático, y comenzasen los planes para una intervención bélica.

El legado pontificio en esta ocasión sí fue recibido por Carlos V, con todos los honores propios de la dignidad de su cargo y la nobleza de su sangre. Aun con todo, y a pesar de la buena intención y mejores palabras del monarca español, Pole no logró persuadirle de declarar la guerra contra Inglaterra. Mientras, Francisco I no le recibió tampoco en esta ocasión y le indicó que en este asunto solo actuaría siguiendo los pasos del monarca español.

Esperando la respuesta de Francia, negativa como bien sabemos, y de camino a Roma, pasó una temporada en Carpentras (Francia), en compañía del Cardenal Sadoletto. España era una tierra de peligros, tras la declaración de intenciones del embajador inglés Wyatt en territorio hispano de asesinar al Legado pontificio en cuanto fuese declarado oficialmente traidor. Esta declaración se oficializó cuando se aprobó la denominada Act of Attainder. Y, gracias a un súbito cambio de itinerario, posiblemente su vida no acabó a la salida de Toledo en un complot orquestado por Wyatt y conocido probablemente por Enrique VIII. En Inglaterra se trataba a Pole como uno de los mayores traidores del reino, y así lo hizo el obispo Tunstall en una homilía el domingo de Ramos de 1539 en presencia real, o el propio Enrique VIII,

que en diversas cartas se refiere a Pole en términos de architraidor o joya no tan preciosa de la madre Iglesia.

Pole prolongó su estancia en Carpentras, donde se le unió también su gran amigo Bembo, y pasaba los días dedicado al estudio y la oración, en especial de los salmos. Estando allí le fue ofrecida la Sede episcopal de Salisbury, tras la muerte del Cardenal Campegio. Pole la rechazó de forma irónica señalando que, ante el estado actual de cosas, bien podría ser nombrado también Ordinario de Antioquía.

Dejó Carpentras para regresar a Roma en octubre de 1539 y a su llegada se encontró con su tratado *De Unitate* a punto de ser publicado sin su consentimiento.

Al mismo tiempo los acontecimientos en Inglaterra habían avanzado revelando el carácter despótico y tiránico de Enrique VIII, auxiliado siempre por Thomas Cromwell, que había sustituido al Cardenal Wolsey como principal consejero real. La familia Pole se convirtió en el principal objetivo del monarca Tudor. Sometido a la presión y amenaza regia, Sir Geoffrey Pole, hermano menor del Cardenal, delató una conspiración imaginaria que posibilitó el encarcelamiento de Lord Montague (Enrique Pole) y el Marqués de Exeter (Enrique Courtenay), su primo. Ambos sufrieron prisión en la Torre de Londres y fueron decapitados en 1538; no así Sir Geoffrey, que se salvó tras su confesión.